de la Inquisición que impuso la debida retractación al fraile. Los sentidos lamentos de Santa Teresa, privada de libros místicos en romance, se abrieron paso entre las voces de alerta de los celosos centinelas de la fe católica en España, y los libros y los sermones de Fr. Luis volvieron á encaminar las almas por el ascetismo á la unión, al mismo tiempo que, en sus *Peligros de la oración*, Granada secundaba las miras del Santo Oficio, refutando á los iluminados.

Y este misticismo sublime, cuyas alas ceñía el genio de nuestro orador, para elevarse desde las tinieblas de *esta cárcel baja, obscura*, hasta las rientes regiones de la luz increada, desligándose de las cadenas de la materia, no desequilibró su espíritu para sumirle en ese idealismo enervador, sentimental y vago de los falsos poetas místicos de la edad moderna, ni para hacerle despreciar la naturaleza ni huir de ella como de sirena fascinadora y mortal, sino que, dándole la suprema visión de lo inteligible en lo sensible, hizo de ella como la escala mística de Jacob, por donde ascienden y descienden los ángeles, llevando al cielo las oraciones de la tierra, y bajando sobre la tierra los efluvios de la gracia divina.

El sentimiento de la naturaleza, no absorbente como en la literatura oriental, ni mutilado como en las clásicas de Occidente, sino como lo restauró el Cristianismo en la Edad Media y lo perfeccionó el Renacimiento español, como brilló en nuestros místicos, que se sirvieron de las maravillas del orbe como de símbolos vivientes, en que se reflejan como en nn espejo lleno de luz y de color los atributos inteligibles del Eterno, es el que amoroso palpita en las obras místicas de Granada. La agreste soledad de los desiertos de Córdoba y la salvaje majestad de los campos de Pedrogaón imprimieron profundamente en su espíritu el sello de sublime melancolía, que los grandes espectáculos de la naturaleza producen en las almas enamoradas de lo infinito, que no es, no, la vaga é indeterminada aspiración del espíritu enervado por las sensaciones de la materia, sino el vivo anhelo del alma inteligente y libre que suspira amorosa por su Dios á cada flor que dejó caer de su mano sobre la creación desierta y vacía, cuando

«Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de su hermosura.»

Ese fué el sentimiento de la naturaleza que inspiró la mente de Fr. Luis, y que de su es-

píritu transcendió á su pluma, dando pintoresca animación á su estilo, harmonía y rotundidad á sus períodos y esplendor y claridad á su prosa.

Porque es verdad, por todos reconocida y proclamada, que el fundador de la *limada y culta prosa castellana*, como le llama uno de sus críticos modernos; el que fijó definitivamente el período español, dándole proporciones y sonoridad; el que realizó en castellano los preceptos de Cicerón acerca del *ámbito* de las palabras; el que limpió la lengua de barbarismos y cacofonías, y rindió tal culto á la propiedad, que, como asegura Muñoz, no se halla en todas sus obras una sola palabra «*que no sea de solar conocido en estos reinos*;» fué el mismo que, informándola con su fervor, con su saber y con su arte, hizo de ella la lengua divina de la oración, tan refractaria á las impurezas de la materia como propia para expresar los sublimes conceptos del espíritu.

Y fué tan íntimo el enlace que estableció entre la idea y la palabra, tan estrecho el nudo de unión entre el alma y el cuerpo de su estilo, que el que, movido una vez por la curiosidad, por los estudios literarios, por misteriosa cuanto irresistible vocación de lo alto, pone el pie en este *desatado raudal de la elocuencia cristiana*, como lo apellidaba Marchena, embebido

con la admiración de tan peregrino lenguaje, no siente que su corazón va perdiendo pie, y que, insensiblemente arrastrado por la fuerza de la corriente, corre á anegarse en lo más profundo del dogma religioso y moral. Perdida ya de vista la orilla á que le condujeron las musas, sólo ve el cielo abierto sobre su cabeza y el abismo á sus pies, y lo que comenzó distracción, entretenimiento ó estudio, concluye en oración fervorosa, acompañada de lágrimas y suspiros. El orador se desvaneció entre las brumas del horizonte; sobre aquella vasta inundación sólo se siente el soplo del espíritu del Señor, que agita y que conmueve las aguas.

Bien nos lo atestigua la Historia con los frutos de su predicación, con el espectáculo de las lágrimas que hizo verter al impío fundador del sacrílego culto de *Ibraocha*, y con el testimonio de Capmans suspendiendo su apasionada lectura «porque el dolor embargaba el oficio de la lengua y los ojos perdían la luz con el peso del llanto.»

Por eso fué su elocuencia vencedora y verdaderamente soberana: porque alcanzó el alto fin que se proponía, á pesar de los obstáculos que le opusieron las pasiones, y que no fué otro, como ya hemos visto, que labrar con el cincel de su palabra, en el opulento mármol del espíritu, la acabada estatua del cristiano,

El hombre que Diógenes buscaba á la débil luz de su linterna en las clásicas ciudades de la antigüedad, y que Pilato enseñó por fin al género humano coronado de espinas; aquél que, vencedor de los demás y de sí mismo, llevando resignado la Cruz y dando paz á todas las gentes, pasó haciendo bien sobre la tierra con rumbo á su patria celestial, á donde le llamaba su destino, es el ideal que inspira la sublime elocuencia de Granada: realizarlo es el único afán del orador y su única recompensa.

Por eso pudo escribir algo de lo que yo he intentado demostraros en este discurso: que no conocía «nada más alto ni mayor que el fin de la elocuencia sagrada.»

Para alcanzarlo, es verdad, llama á las puertas de Cicerón, al mismo tiempo que á las de la inspiración cristiana; roba del cielo el fuego creador, y toma del arte hasta los ápices de Quintiliano; pero después de enriquecerse con los despojos del agora y del foro, después de agotar la sed de su espíritu investigador en las cuatro fuentes de su saber, que son la Biblia y la *Suma*, la clásica antigüedad y la riente naturaleza, se postra á los pies del Crucifijo, el libro que señaló Santo Tomás á los que le preguntaron por las fuentes de su sabiduría; y después de tomar en aquella Cátedra sagrada la luz y el fuego de su inspira-

ción, escribe estas palabras, que son la síntesis de su retórica, y en las que nos enseña que el buen predicador debe buscar, «no su gloria, sino la de su Señor, y la salud de las almas,» «más con oraciones que con sermones, más con lágrimas que con letras, más con lamentos que con palabras, y más con ejemplos de virtudes que con las reglas de los retóricos.»

Y este es el verdadero secreto de su elocuencia, la explicación de sus triunfos maravillosos; y si Fr. Luis Patillo de la Mesa pudo decir de Granada que, «no sólo fué Santo, sino que hizo con sus escritos muchos Santos,» fué porque puso en práctica constante la ley irreductible y suprema de la retórica sagrada: «No predicarse á sí mismo, sino á Jesucristo crucificado.»

Entonces, cerrada el alma á toda distracción de los sentidos, sorda á todo clamor del amor propio, entregada á las iluminaciones de la fe y á los espasmos del amor, el orador cristiano, conforme al consejo que de Avila tomó Granada, cuyo fundamento nos demostró Santo Tomás y cuya fórmula nos dió con sublime sencillez San Pablo, clava en el corazón del auditorio la Cruz, levanta como un astro en medio de las tinieblas del mundo el llagado cuerpo de Dios, y despliega á los ojos atónitos de la humanidad el ideal eterno del hombre.

Y al mismo tiempo que llena todas las condiciones subjetivas y objetivas de la oratoria; al mismo tiempo que el rocío celeste de la gracia abre los labios del que habla y el corazón de quien le oye, el principio de estética que desarrollamos en este estudio, aquél en cuya virtud establecimos que la filosofía es la fuente más pura de la elocuencia, se realiza en toda su integridad y en su mayor elevación, dando por principio, por medio y fin al discurso el *¡Verbo Divino!*, cuyo esplendor, reflejado sobre todas las criaturas, constituye la esencia de la belleza, según el sentir de Santo Tomás de Aquino.

Hemos terminado nuestra tarea: asombrados por el eco sonoro de la majestuosa voz de Granada, hemos investigado los secretos resortes de su poder, y á través de todas las harmonías del universo, lo mismo las que vibran en el mundo sensible de los cuerpos que las que irradian en la esfera de los espíritus celestiales, penetrando por fin en el interior misterioso del hombre, donde se forja el rayo de su verbo, hemos indagado el origen y la naturaleza de la palabra, cuya importancia nos han confirmado después las grandes voces de la humanidad, resonando en las cimas más altas de la Historia. La Oratoria sagrada, levan-

tando su base sobre los más profundos y sólidos fundamentos de la elocuencia y escondiendo su vértice en las regiones sublimes de la gracia, ha surgido en nuestro camino como la gran Pirámide en que se confunden como en un solo acento la palabra del hombre y la palabra de Dios. Y en la cúspide de esa Pirámide, entre el Misionero y el Apóstol, hemos contemplado la angélica figura de nuestro insigne predicador Fr. Luis de Granada. La voz del gran orador español, elevándose en la cumbre de nuestras grandezas, nos ha confirmado plenamente aquel gran principio de la filosofía de la elocuencia, según el cual la fuente más pura de la elocuencia es la filosofía; y cuando le hemos preguntado por el secreto de su inspiración, su diestra nos ha señalado á Santo Tomás arrodillado á los pies de su Crucifijo.

Así, en esta rápida odisea, á través de las esferas de la Metafísica y de los mundos de la Historia, partiendo de un principio ontológico, hemos venido á parar, como todo esfuerzo del hombre en pos de la verdad, del bien ó de la belleza, á los pies de Cristo.

Ni era posible que á otra parte nos llevase la elocuencia de Fr. Luis de Granada.

Vosotros, señores Académicos; vosotros, como depositarios y custodios de las glorias de nuestras letras, sois los encargados de mante-

ner perpetuamente á los pies del Verbo de Dios la palabra del hombre nacido en esta tierra, que debe por su naturaleza, como todos, primero, y por su historia, como ninguno, después, á la gracia de Jesucristo, sus inmarcesibles laureles.

El habla castellana, bien lo sabéis, se forjó, como nuestra nacionalidad, de tribus aborígenes y de colonias griegas y africanas, uniformadas por el romano, pero unificadas sólo por la Cruz; las palabras que durante ocho siglos de lucha por la Cruz se introdujeron en nuestro idioma, quedaron en él á modo de mudejares y de mozárabes españoles; y si hoy pueden decir los filólogos que la lengua española «*no se forjó para decir herejías*,» y se atribuye á Carlos V el dicho de que era la más propia para hablar con Dios, y mereció ser llamada *lengua de ángeles*, como hemos visto, fué principalmente porque, como dice Fr. Bernardino de Villegas, «*Fr. Luis de Granada santificó la lengua castellana con sus divinos escritos*.»

Y puesto que tanto por vuestra constitución como por el ardiente deseo de conservar inmaculada la pureza de nuestra lengua que á todos por igual os anima, puedo considerar esta Academia como *el Santo Oficio del lenguaje* que tiene en el *Diccionario* su *Índice* y hasta en *el fondo de la urna* sus *hogueras*, permitidme que, antes de ceñir á mi cuello la medalla y abjurar *de leví* por el sabor herético que contra mi voluntad conserven muchas palabras de mi discurso, os haga explícita profesión de fe, manifestándoos la esperanza que me sonríe, aun entre los más negros presentimientos y los más sombríos temores que me acongojan, esperanza que ha hecho brotar en mi corazón el sello indeleble impreso por la elocuencia de Fray Luis de Granada en las entrañas mismas de nuestra habla.

Sabéis que lo primero que se corrompe de una civilización es su lengua, y sin embargo es lo último que desaparece. Hay un no sé qué de divino en esos sones que encarnan el alma de una civilización, que se sostiene hasta en las fugitivas ondas de un eco. Humboldt cuenta que en una de sus exploraciones por el Nuevo Mundo, como preguntase á una tribu errante, que encontró en las orillas de un gran río, por los restos de otra tribu aborigen cuyas huellas había descubierto en sus anteriores investigaciones, le respondieron los salvajes: «Todos los hombres de esa lengua han muerto; pero entrad en aquella selva, y encontraréis un loro que ha conservado algunas palabras de su dialecto.»

Señores Académicos: cuando en la soledad de mi gabinete medito sobre las negaciones

metafísicas que pugnan por infiltrar su virus en nuestra nacionalidad corrompiendo el sentido cristiano de nuestro idioma, me estremezco, acordándome involuntariamente de la tribu de Humboldt, una de tantas como han decaído con la corrupción para desaparecer en la barbarie. Pero el espectáculo del filólogo reconstruyendo una civilización sobre los datos que le prestan los inconscientes gritos de un loro, me consuela algo á mi pesar; porque si llega un día en que el idioma de Cervantes, corrompido por términos, y frases, y giros bárbaros, instrumento del sofisma y del mal, se borre sobre la haz de la tierra, y los vestigios de su hermosura se refugien en los ecos de algún bosque, tengo la seguridad de que el sabio del porvenir que lo reconstruya subirá por el hilo de oro de su genio hasta nuestra gloriosa civilización, y saludará lleno de asombro al pueblo que habló á los hombres de Dios en la lengua de Fr. Luis de Granada.

DISCURSO

LEÍDO EN LA VELADA LITERARIA

QUE EN HONOR DE

D. JOSÉ SELGAS

se celebró en la Unión Católica la noche del 30 de abril de 1882